

De América Latina a la Latinidad Americana: zona franca o encrucijada lingüística

Francisco Javier; Calvo del Olmo (Prof. Lector de Lengua Española y Literatura – UFPR)

franciscoctl@gmail.com

Resumen: El presente trabajo tiene como objetivo reflexionar sobre el proceso de construcción y la vigencia actual del término *América Latina*, entendido como un espacio que, por encima de fronteras geográficas y políticas, aúna ciertos trazos culturales, literarios, históricos y de identidad. Describiremos la articulación de América Latina como un *continuum* lingüístico y cultural que ha sido usado en discursos de índole diversa a lo largo de su historia. Finalmente, se espera que este análisis sirva para reformular varios conceptos de continuidad y de ruptura al definir una *zona franca* en las Américas basada en la lengua.

Palabras clave: lenguas neolatinas, identidad, Latinidad.

Abstract: The purpose of this paper is to reflect on the process of construction and the current use of the term “América Latina”, understood as a space in which, besides geographical and political borders, brings together certain cultural, literary, historical, and identity traits. Thus, the Latin American articulation will be described as a linguistic and cultural continuum through certain intellectual discourses. Finally, this analysis will hopefully help reformulate some concepts of continuity and rupture in literary, historical and linguistic discourses by defining an inter zone or free zone in the Americas based on the language.

Key-words: Romance languages Identity, *Latinitas*.

1. América Latina: cincuenta años después del Boom

El fenómeno editorial del Boom latinoamericano, surgido en la década de los sesenta del siglo XX, dio a conocer el trabajo de toda una generación de escritores relativamente jóvenes e hizo que la crítica literaria internacional estudiara las producciones de varios países americanos hispanohablantes y de Brasil como pertenecientes a un mismo ámbito literario y cultural, más allá de las estrictas fronteras nacionales. Así se consolidó una literatura regional llamada al efecto latinoamericana que construía su propia especificidad, dentro de la literatura occidental, a través del

imaginario que las obras de los diferentes autores – desde el mexicano Juan Rulfo al argentino Julio Cortázar – creaban o recreaban. Los vastísimos territorios que van del sur de Río Bravo a Tierra de Fuego se constituían así como la patria de lo real maravilloso y del realismo mágico. El imaginario latinoamericano se hilaba a partir de los contrastes entre las utopías revolucionarias y la podredumbre de los Estados autoritarios, burócratas y corruptos; entre la opulencia de las élites y el subdesarrollo generalizado, entre las fabulosas civilizaciones precolombinas y los hodiernos arrabales y favelas, entre la alegría tropical y la violencia de las guerrillas y de las dictaduras, entre la fiesta del Carnaval y las celebraciones macabras del Día de los Muertos. Un territorio de contrastes tan multicolores como la propia *wiphala* aimara en el que se suceden de manera discontinua, selvas vírgenes, desiertos infinitos y urbes infartadas como México, Buenos Aires, Bogotá o São Paulo. Entre 1964 y 1965, el mexicano Jorge González Camarena pintó en el vestíbulo de la Casa del Arte de la Universidad de Concepción, en Chile, un mural titulado *Presencia de América Latina* en el que prefiguraba de manera simbólica los elementos de una identidad mestiza (negra, íbera, mulata e india) supranacional e tercermundista en el contexto de la Guerra Fría. En ese sentido:

Lo nacional se convierte en internacional en la posguerra, a tal punto que se vuelve posible hablar de un “nacionalismo islámico” o de un “nacionalismo latinoamericano” en referencia a continentes o regiones enteras. Dos legados imperiales contribuyeron a este sentimiento internacionalista de solidaridad contra el imperio: la presencia de rudimentos de “lenguas mundiales” (especialmente el castellano, el inglés y el árabe) y las comunicaciones internacionales. (BRENNAN, 2010, p. 86)

Ahora bien, el Boom se produjo, en buena medida, fuera del propio espacio latinoamericano, cuyo público venía consumiendo la literatura nacional y regional desde la época de la colonia y los primeros días de la independencia. Fueron los mercados editoriales europeos y norteamericanos, junto a sus respectivos círculos académicos, quienes legitimaron el valor literario del Boom en el canon occidental. Por ese motivo, la fijación del imaginario latinoamericano corresponde a una imagen exterior sometida a ciertos tópicos exotistas de literatura periférica. Al mismo tiempo, la definición de

literatura latinoamericana no es unívoca y finita en la medida que se adscribe al término América Latina cuyos límites humanos, geográficos e históricos se prestan a interpretaciones múltiples. Todo ello podría hacer de esta literatura un cajón de sastre en el que se acumulasen autores y obras pertenecientes a periodos, tendencias estéticas, géneros literarios y tradiciones lingüísticas bien diversas.

Las razones que hemos expuesto nos llevan a considerar que, pasado casi medio siglo, se hace necesario cuestionar la validez y la vigencia del imaginario que entonces se desarrolló y vinculó a América Latina como medio de repensar las producciones literarias y artísticas de los países y comunidades concernidos. A este fin, propondremos una reflexión en dos niveles: en el eje diacrónico revisaremos el origen y la fortuna del término América Latina mientras que en el sincrónico examinaremos los actuales procesos de cambio y continuidad, presentes en la región. Ciertamente el abordar de manera panorámica los actores y fenómenos que han consolidado la existencia de América Latina como espacio cultural, literario, histórico, geográfico y humano exigirá irremediablemente que seamos modestos y esquemáticos en nuestro análisis.

2. Limitación espaciotemporal y extensión lingüística de América Latina

Partiendo del valor estrictamente lingüístico del término *latino*, América Latina, hiperónimo de Iberoamérica e Hispanoamérica, engloba a todos los países y comunidades¹ que hablan una lengua neolatina o románica en el amplio espacio de las Américas. Al margen de los grupos latinófonos localizados en la América anglófona, sobre los que volveremos más adelante, podemos afirmar que la gran mayoría de la población entre el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes se expresa en castellano, portugués o francés. Hecho que no implica el monolingüismo; más bien al contrario, estos tres idiomas neolatinos conviven con las lenguas indígenas de los pueblos ancestrales, que se mantienen con vigor en diferentes regiones, así como con los idiomas alóctonos aportados por los emigrantes europeos y asiáticos y aún con lenguas criollas, habladas principalmente por poblaciones afro descendentes. Además, las lenguas neolatinas, trasplantadas a territorio americano durante los siglos XVI, XVII y XVIII, presentan hoy en día notables variaciones diatópicas, diafásicas y diafásicas. Fruto de la convivencia entre matrices lingüísticas diferentes, se han creado códigos

¹ El término comunidades engloba a aquellos grupos que, sin constituir entidades políticas autónomas, tienen como lengua vehicular un idioma neolatino; este sería el caso de los hispanos en EEUU.

híbridos como el spanglish, el portunhol, el jopará o el lunfardo. Vemos pues que la pertenencia lingüística al ámbito neolatino adopta las más variadas formas.

Siguiendo este criterio lingüístico, América Latina puede vertebrarse mediante la sucesión de cuatro círculos concéntricos. Un primer círculo, Hispanoamérica, reuniría los diecinueve países que tienen como lengua oficial el castellano. Al sumarles el gigante lusófono brasileño obtendríamos un segundo círculo: Iberoamérica². Los países francófonos; es decir, Haití, la Guyana Francesa, la Martinique y la Guadalupe (las tres últimas administrativamente *Régions d'outre mer* de Francia) sumados a los países hispanohablantes y a Brasil conformar un tercer círculo que podemos denominar latinoamericano³. Por último, un cuarto bloque englobaría las comunidades latinas de la diáspora que, por causas históricas o por movimientos migratorios recientes, residen en Estados anglófonos caribeños (como Belice, Antigua y Barbuda, Curazao, Bonaire y Aruba etc.), en los EEUU (caso de las comunidades hispanas, de la comunidad *cajun* de Luisiana, o de los ítaloestadounidenses) o en Canadá (*québécois*, francocanadienses, ítalo-canadienses, lusocanadienses e hispanos). Ciertamente la lengua y la cultura de estos grupos están sometidas a la presión del inglés, hecho que afecta a su conservación y a su transmisión intergeneracional. Los cuatro círculos descritos se apoyan sobre el eje común de la lengua; sin embargo, existen al mismo tiempo diferencias geográficas, políticas, étnicas, ideológicas, religiosas, económicas, sociales etc. que quiebran este inmenso bloque en fragmentos innumerables y que podrían terminar por diluir la posible existencia de una entidad lingüística latinoamericana.

De acuerdo Woodward (2005), entendemos que la identidad es relacional puesto que su existencia depende de otra identidad de la cual difiere y que, no obstante, le proporciona las condiciones para existir. De este modo, la identidad se construye a partir de una frontera establecida entre *nosotros* y *los otros*. Los términos latinoamericano, iberoamericano e hispanoamericano generan una red de significados de límites imprecisos que confluyen no tanto en lo que definen sino en lo que no definen. En otras palabras, América Latina se define por no ser los Estados Unidos, potencia hegemónica global, y por no hablar inglés. La oposición de América Latina a

² Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2013) el término iberoamericano designa “los países de América que antes formaron parte de los reinos de España y Portugal” así como aquello que sea “perteneciente o relativo a estos pueblos y a España y Portugal”. Esta segunda acepción designa un espacio geográfico y cultural discontinuo que reagrupa buena parte del territorio americano con la Península Ibérica, en el extremo suroccidental de Europa.

³ Diccionario de la Real Academia Española (2013) define latinoamericano como “el conjunto de los países de América colonizados por naciones latinas, es decir, España, Portugal o Francia”.

la América anglosajona se remonta a los mismos orígenes del término cuando en 1856 el poeta colombiano José María Torres Caicedo escribió *Las dos Américas*, poema en el que enfrentaba “la raza de América Latina” frente a la “sajona raza” que, acto seguido, presentaba como “enemigo mortal” y “amenaza”. En el mismo año, el filósofo y político chileno Francisco Bilbao Barquín había usado por primera vez la expresión América Latina durante una conferencia pronunciada en el París. Cabe recordar que, en la época, demarcar un bloque latino y católico en América era un medio de legitimación de los intereses coloniales de Napoleón III y una manera de justificar la influencia del Segundo Imperio francés no solo en México sino en el resto de países recién independizados de España y Portugal. Al mismo tiempo, la filiación latina debería alejar a las jóvenes naciones de las potencias anglosajonas protestantes: Inglaterra y Estados Unidos. Por este motivo, el término América Latina emanó desde un centro de poder político y económico: la capital francesa⁴. En sus casi dos siglos de vida, América Latina (y también los términos Iberoamérica e Hispanoamérica) asumirían otros valores según las tendencias ideológicas, políticas y sociales de cada época y de cada país⁵. En todo caso, las relaciones asimétricas de poder y la dependencia de los países latinoamericanos con el poderoso vecino del norte, EEUU, no harían más que ensanchar la brecha abierta entre las dos Américas. En tal sentido, Eduardo Galeano en su famoso libro *Las venas abiertas de América Latina*, publicado por primera vez en 1971, argumentaba que los pueblos no anglosajones perdieron en los avatares de la historia el derecho de llamarse americanos: “Ahora América es, para todo el mundo, nada más que los Estados Unidos: nosotros habitamos, a lo sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa identificación” (GALEANO, 2011, p. 16). Las ideas del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro (2010) discurren en paralelo cuando afirma que “A expressão América Latina alcança conotações altamente significativas na oposição entre anglo-americanos e latino-americanos”(p. 41) y añade que más allá de “seus diversos conteúdos culturais, contrastam mais fortemente ainda quanto aos antagonismos socioeconômicos” (p. 41). Sin embargo, creemos que, frente a esa identidad en negativo, se revela o se positiva una identidad basada en el parentesco lingüístico que se

⁴ En 1861, L. M. Tisserand consagró el término al denominar *l'Amérique Latine* a los territorios que van del sur del Río Bravo a la Patagonia. Nótese que la división no se hizo siguiendo un criterio geográfico (el cual habría separado América del Norte de América del Sur por el istmo de Panamá) sino tomando en consideración especificidades culturales y lingüísticas más propias de la geografía humana.

⁵ De hecho, aún hoy existen detractores de los términos latinoamericano/a y América Latina por considerar que excluyen a los pueblos nativos, los afroamericanos, los mestizos y otras etnias (SÁNCHEZ, 1962, p. 22). El escritor Carlos Fuentes propuso el término Indo-Afro-Ibero-América para tratar de conciliar todos los elementos étnico raciales de estas sociedades.

completa gracias a una serie de trazos históricos, sociales y culturales compartidos. Tanto es así que a comienzos del siglo XXI América Latina mantiene su vigencia como área geográfica diferenciada en el mapamundi (frente a otras como Oriente Medio, África Subsahariana, Extremo Oriente etc.) e imprime su influencia sobre un sinnúmero de realidades; se habla de las economías latinoamericanas, de las ciudades latinoamericanas, de la mujer latinoamericana, de las universidades latinoamericanas por citar unos pocos elementos de una lista que sería interminable. El término corre el riesgo de sucumbir a su propio éxito y convertirse en un mero nexo geográfico, desvinculado de los valores lingüísticos y culturales que lo originaron. Por ello se hace necesario preguntarse qué imaginario, qué sistemas simbólicos se adscriben a la propia actualidad de la región y sus producciones artísticas y literarias. Los cambios políticos, económicos y demográficos que América Latina ha vivido en las últimas décadas condicionan los actuales discursos intelectuales, artísticos y literarios por lo que no podemos conformarnos con las respuestas que la crítica literaria ofrece sobre el Boom sino que tenemos que buscar nuevos elementos para el debate.

América Latina ocupa una extensión de 21.069.500 km² aproximadamente, el equivalente al 14% de las tierras emergidas, y cuenta con el potencial humano de sus casi seiscientos millones de habitantes. No obstante, ni el dinamismo de esta fuerte demografía ni las potencialidades de su vastísimo territorio garantizan por sí solos la producción cultural y la necesaria renovación de las ideas. Así pues, este inmenso espacio geográfico y humano se encuentra en la encrucijada de dotarse de una identidad propia a partir de un patrimonio lingüístico y de articular un imaginario colectivo, de construir discursos y paradigmas desde una posición cultural e intelectual autónoma situando el foco dentro de la propia América Latina; desde el *lado sur de la frontera*, parafraseando el título del documental de Oliver Stone, *South of the Border* (2009).

El filósofo argentino Mario Casalla (2004) entiende esta cuestión en términos de “construcción” y de “proyecto”, alejándose así de identidades esencialistas; y considera que definir el propio imaginario es una tarea posible y necesaria “porque a nosotros – latinoamericanos– también ese imaginario nos instituye, nos da poder (en una o en otra dirección histórica); algo que en esta ‘era global’ resulta cada vez más indispensable” (p. 77). Es cierto que la necesidad de articular un discurso creativo propio no es nueva sino que está presente en el pensamiento latinoamericano desde el siglo XIX. Así, el político, filósofo y poeta cubano José Martí defendía, en su famoso artículo *Nuestra América* (1891), que “trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra” y

proclamaba que los latinoamericanos imitaban demasiado los modelos externos y que “la salvación está en crear”. En el mismo artículo, hacía un llamamiento a la unión entre los pueblos hispanoamericanos y reivindicaba la cultura de los oprimidos, del negro y del indio. Según él, la sociedad latinoamericana había sido una máscara de Europa y de la otra América y por ello “el deber urgente de Nuestra América es enseñarse como es” (p. 38) ante el mundo. El resultado de este proceso trae necesariamente el cambio ya que “la política cultural autónoma requiere y promueve, cuando es auténtica, profundos cambios en todas las estructuras vigentes” (GALEANO, 2011, p. 318). En esta misma dirección apunta Rafael Correa, economista, político y actual presidente del Ecuador en la recopilación de artículos y ensayos que componen *Ecuador: de ‘Banana Republik’ a la no republica* (2009) cuando atribuye a la larga y triste noche Neoliberal no solo la decadencia y la dependencia económica sino el estancamiento de la creatividad latinoamericana.

Ahora bien, cabe examinar el impacto de la pertenencia a una lengua o a una tradición lingüística sobre la identidad de la región y de sus ciudadanos. De acuerdo con la base de nuestra exposición, los países latinoamericanos comparten un legado lingüístico que hace de todos ellos miembros de una comunidad latina. La identidad y la creatividad latinoamericana se articula, conviene recordar, a través de una lengua neolatina: ya sea español, portugués o francés en cualquiera de sus variedades regionales o sociales; sin descartar los códigos híbridos. Así pues, una vía de reformar, ampliar o reformular el imaginario latinoamericano es, precisamente, asumir esta parte sustantiva de su identidad pasando así de una América Latina para una Latinidad Americana.

La Latinidad⁶, o *Latinitas*, es el universo cultural que emanó del latín tanto del latín clásico – lengua que concentró, en épocas sucesivas y de manera complementaria, poder político, cultural, religioso e económico – como del llamado latín vulgar, del que derivan las lenguas romances o neolatinas. Sin entrar a describir detalladamente el devenir histórico de esta familia lingüística, el latín hablado en la *Romania*⁷ se fragmentó en todo un *continuum* de dialectos; dando así origen al gallego-portugués, al castellano, al catalán, al leonés, al mozárabe, al occitano, al francés, al gascón, al normando, al véneto, al sardo, al siciliano, al toscano, al dálmata, al rumano etc.

⁶ El DRAE recoge la voz bajo cuatro acepciones: 1. Condición o carácter de lo latino, 2. Lengua latina, 3. Tradición cultural latina, 4. Conjunto de pueblos latinos.

⁷ El concepto de la *Romania* abarca el conjunto de tierras que pertenecieron al Orbis Latinus, es decir, que dependieron políticamente de Roma, en las que actualmente se hablan las lenguas neolatinas o románicas.

Ligados a los avatares históricos de las comunidades que los hablaban, no todos estos romances tuvieron la misma suerte; hubo algunos que nunca pasaron de hablas locales sin prestigio y terminaron por extinguirse, otros tuvieron un moderado desarrollo regional y literario, unos pocos incluso se convirtieron en lenguas nacionales y llegaron a alcanzar un prestigio comparable al del latín. Tres de esos idiomas fueron trasplantados a América durante el proceso de colonización: el español, el portugués y el francés.

El nacimiento de la filología románica⁸ es coetáneo a la creación de la denominación de América Latina; sin embargo, y pese a ser inherente al propio término su asociación con la Latinidad, los estudios románicos se centraron en el ámbito europeo mediterráneo de la *Romania continua*, es decir, de los territorios que formaron parte del Imperio romano y en los que se forjaron las lenguas románicas, mientras que los espacios de *Romania Nova*⁹, donde actualmente estas lenguas son ampliamente habladas, quedaron relegados a una posición periférica. Antoni Badia i Margarit (2007), gran filólogo y romanista, tomaba como punto de partida “el conjunto de las tierras y personas que en el pasado formaban parte del Imperio Romano y en especial las que hoy pertenecen a países en los que se hablan lenguas derivadas del latín” (p. 27) para dar la siguiente definición de la Latinidad: “la manera de ser con que viven y ven el mundo los hablantes de las lenguas derivadas del latín y los que las estudian, al saberse vertebrados por una geografía, una historia y una mentalidad” (p. 28). No obstante, cabe preguntarse en qué medida la población latinoamericana se entiende vertebrada por una geografía, una historia, una mentalidad y una lengua. En 1992, Darcy Ribeiro escribió con motivo de las celebraciones del quinto centenario de los viajes de Colón:

Nós latino-americanos é que não podemos entrar nessa dança de glórias e de reminiscência macabras. (...). O que merece ser visto não é só o sangue derramado, mas a criatura que ali se gerou e ganhou vida. Sem nós, a romanidade estaria reduzida à pequenez numérica das nações neolatinas da Europa, demograficamente insignificantes, imponderáveis, num mundo demasiadamente cheio de neobritânicos, de eslavos, de chinos, de árabes etc.(...). Somos o povo Latino-

⁸ La filología románica se establece como ciencia a partir de la publicación de *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-38) que el alemán Friedrich Diez compuso siguiendo el método histórico comparativo establecido por los hermanos Grimm para la lengua alemana pocos años antes.

⁹ La *Romania Nova* integra los territorios de las Américas, de África y de Asia que no fueron colonizadas por los romanos, sino por pueblos neolatinos partir del siglo XV, donde trasplantaron sus lenguas.

Americano, parcela maior da latinidade, que se prepara para realizar suas potencialidades. Uma latinidade renovada e melhorada, porque revestida de carnes índias e negras e herdeira da sabedoria de viver dos povos da floresta e do páramo, das altitudes andinas e dos mares do sul. (RIBERO, 2011, p. 110-111)

La América no anglófona es pues una multiplicación de la Latinidad; tanto es así que si hoy existe una región en el mundo a la que se adscriba el adjetivo de *latina* esa es precisamente América; puesto que, en el contexto actual, los países que forman parte de la *Romania continua* situados en el Sur de Europa tienden a asumir otros adjetivos regionales como Europa mediterránea o Europa meridional. Así pues, carece de rigor continuar pensando la Romania relegada en el sur oeste europeo, el espacio tradicional que esta familia lingüística ocupa desde hace dos milenios. A comienzos del siglo XXI el español se afirma como una lengua fundamentalmente americana, el francés como uno de los principales idiomas de comunicación en el continente africano y el portugués, sumando el gigante brasileño y los PALOPs (Países Africanos de Língua Oficial Portuguesa), es la lengua más hablada en el hemisferio austral. Este desplazamiento de los ejes no solo afecta a América Latina sino al conjunto de la Latinidad que se perfila como una comunidad difusa apoyada en tres grandes espacios geográficos: América (desde California y Quebec hasta la Patagonia argentina pasando por el Caribe), África y la Europa mediterránea. Y las comunidades de lengua neolatina¹⁰ residen mayoritariamente en los llamados países del Sur.

3. Las vías abiertas de América Latina al comienzo del siglo XXI

Como hemos visto, América Latina, integrada en la Latinidad, comparte vínculos lingüísticos y culturales con otros países considerados del Sur. La actual situación política, tanto al nivel internacional como en las relaciones internas de los países de la región, está perfilando una nueva entidad o nuevas entidades que no se corresponden ya con la Latinoamérica subdesarrollada y postrada de la época del Boom. En actual momento –que, según tales discurso debería representar más que *una época de cambios* para América Latina un verdadero cambio de época para la región–

¹⁰ La histórica *Revue de Linguistique Romane* publicada pela Societé de Linguistique Romane tiene como divisa: *Razze latine non esistono: ... esiste la latinità*. Así se destaca la pertenencia a una tradición lingüística dejando al margen posibles consideraciones de carácter étnico o racial.

presentaremos tres vías que, a nuestro juicio, están abriéndose para estas comunidades cuya repercusión alcanza la definición o redefinición, la renovación o revolución de la(s) identidad(es) latinoamericana(s). Asimismo destacamos que enunciar tres vías no excluye, en ningún caso, la existencia de otras que pudieran ser demarcadas en futuros trabajos.

En primer lugar, existen varios procesos de integración regional en curso cuyos resultados todavía no podemos conocer, y mucho menos evaluar, pero de los que sí es posible exponer las intenciones: la reivindicación de una voz propia para la región en la comunidad internacional. La CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) es quizá el proyecto más ambicioso al agrupar a los gobiernos de todos los países de América y el Caribe (con excepción de Estados Unidos y Canadá) que busca consolidarse como órgano interlocutor de la región. En la cumbre de la CELAC celebrada en Caracas en diciembre de 2011, el presidente venezolano y anfitrión Hugo Chávez Frías leyó el final de *Cien años de soledad* para llamar la atención sobre la necesidad de integración: “las estirpes condenadas a cien años de soledad no tendrían una segunda oportunidad sobre la tierra”. Después no de cien años de soledad o de aislamiento entre los países latinoamericanos, sino de dos centurias, el presidente venezolano abogaba así por que el comienzo del siglo XXI se abriese como el final de esa maldición y se les otorgase una segunda oportunidad a los aproximadamente seiscientos millones de personas que residen en Latinoamérica. A este respecto, Noam Chomsky escribió:

Por vez primera en medio milenio, Sudamérica está empezando a tomar las riendas de su destino. Ya se habían producido algunos intentos, pero fueron aplastados por una fuerza externa, en tantos y tan conocidos casos que no es necesario volver sobre ellos. Pero ahora hay unos alejamientos significativos de una larga y vergonzosa historia (COMSKY, 2010, p. 146).

Sin embargo, la aparición de nuevos organismos (CELAC, ALBA, UNASUL, MERCOSUL) no supone la desaparición de las otras organizaciones (OEA y OEI) pero sí modifica las hegemonías tradicionales y desplaza las relaciones tradicionales entre centro y periferia. Además la CELAC cuenta con la presencia de los pequeños Estados caribeños anglófonos. La existencia de intercambios más profusos entre estos países y

sus mayoritarios vecinos hispanohablantes y lusófonos conlleva una mayor presencia de la lengua española y portuguesa en esas sociedades¹¹.

En segundo lugar, actualmente residen en EEUU más de cuarenta y cinco millones de latinos (de varios orígenes nacionales y étnicos) y las estadísticas prevén un fuerte crecimiento de este grupo en las próximas décadas. Allí residen y trabajan, además, numerosos escritores, cineastas, artistas e intelectuales latinoamericanos. Por todos estos motivos podemos hablar de un proceso de latinoamericanización de la sociedad estadounidense. Ciertamente abordar las relaciones culturales de los EEUU y América Latina excede las dimensiones del actual artículo, no obstante querríamos al menos dejar apuntado que si observamos la Latinidad como una zona franca que se sobrepone a las fronteras políticas podemos considerar que Estados Unidos participa de ella. Canadá también participa con la isla francófona de Quebec (cuyo gobierno mantiene relaciones bilaterales con los países latinoamericanos) además de toda una constelación de pequeñas islas francófonas distribuidas a lo largo y ancho de su territorio. Nos parece destacable que la integración de EEUU y Canadá en la Latinidad americana quebraría la tradicional oposición entre las dos Américas.

Por último, el espacio latinoamericano orientado hacia el Sur se abre a la cooperación y los intercambios Sur-Sur con acción directa entre países considerados tradicionalmente como subalternos. En este sentido, cobra especial importancia la recuperación de los vínculos históricos con África, lugar de procedencia de un considerable porcentaje de latinoamericanos afro descendientes. El África del siglo XXI cuenta con más de una veintena de Estados francófonos, cinco lusófonos (lo llamados PALOPs) y Guinea Ecuatorial (que reconoce como lenguas oficiales el castellano, el francés y el portugués), esta es pues otra vía que se abre para una mayor presencia de la Latinidad en el mundo del siglo XXI. Igualmente la cooperación latinoamericana con otros países se extiende más allá de África, y al estudio detallado de estos intercambios en el actual contexto de la mundialización podrían dedicarse futuras contribuciones.

Sin agotar el ingente material de debate, nuestro objetivo era aquí mostrar como América Latina no es una región cerrada sobre sí misma, de fronteras definidas y definitivas, sino que se perfila como la suma de entidades variadas y cuenta no solo con una herencia lingüística y cultural común sino, y esto quizá más importante, con proyectos convergentes. Asimismo la Latinidad, entendida como una zona franca por

¹¹ El gobierno de Trinidad y Tobago espera que el castellano se convierta en lengua cooficial en 2020 (GRAU PEREJOAN, GEA MONERA, 2007).

encima de límites culturales, nacionales, artísticos, étnicos y geográficos demuestra ser un espacio más flexible que las estrictas fronteras nacionales en las que, aún hoy, se encuentra dividido el continente. En esos espacios ampliados pueden surgir fórmulas, debates y soluciones de orden intelectual para repensar la globalización que continúa formulándose en inglés. A los Estudios Culturales, la crítica literaria, la sociolingüística, la sociología, la antropología y las demás ciencias sociales y humanas corresponderá acompañar este proceso con atención. Sumando aportaciones y análisis, descubriremos – tal vez – lo que José Martí esperaba ver en 1891; como “se ponen en pie los pueblos y se saludan, ‘¿Cómo somos?’ se preguntan: y unos a otros se van diciendo cómo son” (MARTÍ, 2005, p. 37).

Referencias Bibliográficas

- BADIA I MARGARIT, Antoni. “Génesis de la Romania y genio de la romanística”. In: GARGALLO, Enrique; BASTARDAS, María Reina. Manual de lingüística románica. Barcelona: Ariel, 2007. p. 27-29.
- CASALLA, Mario. “La construcción de un nuevo ‘imaginario’ latinoamericano en la era global”. Revista Peronistas 4. p.73-88. 2004. Disponible en http://www.cepag.com.ar/pdf/peronistas_5/casalla.pdf acceso en 10/08/2013
- CHOMSKY, Noam. *Esperanzas y Realidades*. Barcelona: Tendencias editores, 2010.
- CORREA, Rafael. *Ecuador: de Banana Republic a la no república*. Quito: Random House, 2009.
- GALEANO, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2011.
- GRAU PEREJOAN, María; GEA MONTERA, María Pilar. “El español en Trinidad y Tobago”. Enciclopedia del español en el mundo: Anuario del Instituto Cervantes 2006-2007. Barcelona: Círculo de Lectores, 2007. p. 209-211.
- MARTÍ, José. *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.
- RIBEIRO, Darcy. *A América Latina existe?* Eric Nepomuceno, editor. Brasilia: Editora UnB, 2010.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Examen espectral de América Latina*. Buenos Aires: Losada, 1962.

Woodward (2005), Hall, Stuart y Kathryn Woodward. *Identidade e diferença a perspectiva dos Estudos Culturais*, Tomaz Tadeu da Silva, editor. Petrópolis: Vozes, 2005.

<http://www.rae.es> acceso 23 agosto 2013